

bre, entra la Poesía, blanca y eucarística, en su sagrario.

Gracias á este refugio providencial, la belleza de «tono menor,» la intensa y clara y sencilla florescencia de los espíritus silenciosos y de las frentes pálidas que fijó el pincel del loco Domenico, no se pierde en el cenáculo íntimo de los elegidos. Cantará el ruiseñor de los jardines cerrados, en la quietud de la noche, sobre el ciprés ennoblecido con el arabesco de las cifras; pero su cántico rebasará los tapias, y se confundirá en la onda libre y azul, con el cántico de la alondra.

Yo me explico los dos modos de la emoción, mediante un imaginario concepto muy primitivo:

El primer poeta que formó la luz, el estruendo y la vibración de cosas ardientes, quiso dar á los suyos la sensación del día; y con la piel sangrante de un onagro, hizo un tambor resonantísimo. El ritmo bárbaro engendró el cántico de las cosas fuertes. Llegada la noche, los hombres cayeron rendidos.



El primer poeta insomne, oyó gemir las cañas que el aura estremecía. Rompió un tallo, horadó sus nódulos, y haciendo lo que el aura serena, el alma y el viento se unieron en la dulzura de un sonido. No se perdió el cántico de las cosas suaves besadas por la plata de la luna, y agrandadas por la niebla azul de los misterios. Los hombres rendidos por el golpe duro de la piel de onagro, despertaban, se revolvían, aspiraban la melodía infinita de la noche....

El Ave hispana se fué por los mundos: anidó en selvas trágicas, en montañas vestidas de nieve y coronadas de fuego. De sus nidos salió la poesía varia y compleja como esas montañas, que vuelve con ustedes, á refrescar y entonar y reconstruir el viejo nidal de nuestro espíritu. Reciba usted este abrazo de un hidalgo agradecido; de un amigo y de un admirador, que ya no tiene ni sitio para firmar.

JOSÉ NOGALES.



LA DUQUESA JOB

A Manuel Puga y Acal.

En dulce charla de sobremesa,
Mientras devoro fresa tras fresa
Y abajo ronca tu perro Bob,
Te haré el retrato de la duquesa
Que adora á veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
Caricatura, ni la poblana
De enagua roja, que Prieto amó;
No es la criadita de pies nudosos,
Ni la que sueña con los gomosos
Y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
No tiene humos de gran señora:
Es la griseta de Paul de Kock.
No baila *Boston*, y desconoce
De las carreras el alto goce,
Y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,
Ni los querubes que vió Jacob,
Fueron tan bellos cual la coqueta

De ojitos verdes, rubia griseta
Que adora á veces el duque Job.

Si pisa alfombras, no es en su casa;
Si por Plateros alegre pasa
Y la saluda Madam Marnat,
No es, sin disputa, porque la vista;
Sí porque á casa de otra modista
Desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,
Pero es tan guapa, y es tan bonita,
Y tiene un cuerpo tan *v'lan*, tan *pschutt*,
De tal manera trasciende á Francia,
Que no la igualan en elegancia
Ni las clientes de Hélene Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee, ó francesa,
Ni más bonita, ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
En las baldosas! ¡Con qué meneo
Luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia
Mira á los hombres, y con qué gracia
Frunce sus labios— ¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
Ella, ligera como una zebra,
Sigue camino del almacén;
Pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
Nadie le salva del sombrillazo
Que le descarga sobre la sién.

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,

Esprit rociado de Veuve Clicqot;
Talle de avispa, cutis de ala,
Ojos traviosos de colegiala
Como los ojos de Louise Theo!

Agil, nerviosa, blanca, delgada,
Media de seda bien restirada,
Gola de encaje, corsé de ¡crac!
Nariz pequeña, garbosa, cuca,
Y palpitantes sobre la nuca
Rizos tan rubios como el cognac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
Nada hay más bello que el arremango
Provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,
Cual mi sedosa, blanca gatita,
Diera sus pajes la emperatriz.

¡Ah! tú no has visto cuando se peina,
Sobre sus hombros de rosa reina
Caer los rizos en profusión!
Tú no has oído qué alegre canta,
Mientras sus brazos y su garganta
De fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos...! ¡Con qué alegría
Oye en su lecho bullir el día
Y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurruca la perezosa,
Bajo la colcha color de rosa,
Mientras á misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
Cubre sus rizos, el limpio traje
Aguarda encima del canapé;
Altas, lustrosas y pequeñitas,
Sus puntas muestran las dos botitas,
Abandonadas del catre al pie.

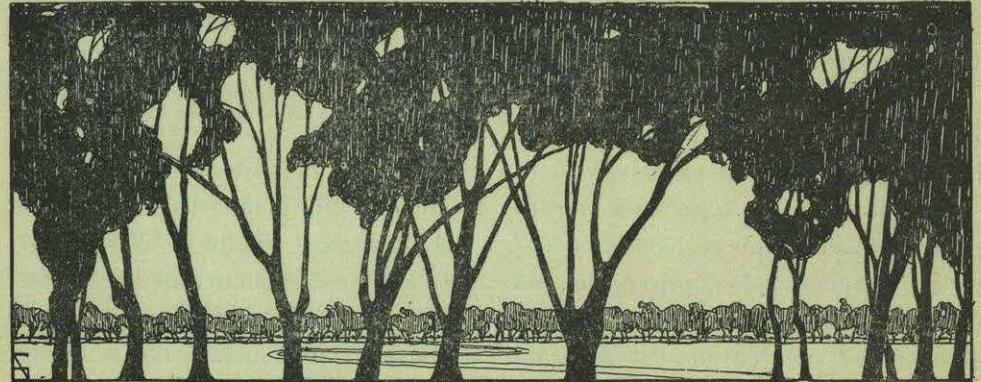
Después, ligera, del lecho brinca;
¡Oh, quién la viera cuando se hinca
Blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
Las niñas ricas, la aristocracia,
Ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
Con apetito los dos tomamos
Un par de huevos y un buen beefsteack,
Media botella de rico vino,
Y en coche, juntos, vamos camino
Del pintoresco Chapultepec.

.....
.....
.....

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.



EN EL ATENEO

LOS POETAS MEXICANOS

En el Ateneo hubo anoche fiesta grande. La primera velada de las que para este año se anuncian, llevó al salón de actos un público tan intelectual como numeroso.

En dos partes se dividió la sesión: una, dedicada por Amado Nervo á enaltecer la memoria de su insigne compatriota Gutiérrez Nájera; otra, á la lectura de poesías del mismo Nervo, poesías que forman parte del libro *En voz baja*. . . en visperas de publicación.

En breves palabras, el autor de *Misticas* dió á conocer la personalidad del egregio traductor de *Rip Rip*, de Washington Irving, haciendo notar que ahora que en México se trata de erigir una estatua á Gutiérrez Nájera, la España intelectual, con su entusiasmo y su afecto, debe compartir el tributo dedicado por aquella nación al poeta que tan altos mantuvo los prestigios de la rima castellana.

Nervo leyó algunas poesías de Gutié-

rez Nájera, que fueron muy aplaudidas. Entre otras, *Mariposas*, de hondo sentido filosófico, y *La duquesa Job*, admirable de donaire y de ironía.

Después de un breve descanso, se reanudó la velada, leyendo Amado Nervo varias de las suyas. Son éstas originalísimas y acusan, con gran relieve, un temperamento de poeta, pensativo y sentimental en extraño y singular maridaje.

Fueron todas saboreadas con religioso silencio y aplaudidas al final con ardoroso ímpetu.

Grande, muy grande, es Nájera; pero el máximo poeta mexicano es ese hombre menudo, complicado é interesantísimo que se llama Amado Nervo.

Copiamos la página que acaba de dedicar al pobre *Duque Job* en *El Nuevo Mer-*

curio; una de las composiciones propias, anoche leídas, y la final de su reciente libro *Jardines Interiores*.

«Aun no se enfriaba el cuerpo del *Duque Job* cuando surgía ya en Méjico la idea de erigirle un monumento.

Yo, que empezaba entonces á escribir crónicas dominicales, esas crónicas dominicales ahora *demodés*, pero en las que Gutiérrez Nájera fué el más encantador de los maestros, serví en aquella región de portavoz á la idea.

Era preciso labrarle un busto de mármol blanco, como una alcoba de virgen; un sonriente busto de mármol blanco, el cual, entre los arbustos y las flores de ese embelesador rincón de bulevar mejicano, que se llama la plazuela de Guardiola, vería el alegre desfile de los domingos por las calles de Plateros y San Francisco, que forman la más elegante y agitada de nuestras arterias, desde la esquina de la *Sorpresa hasta las puertas del Jockey Club*, ¡cómo cantaban sus versos alados!

Claro que mi idea, nuestra idea, la idea de todo lo que poníamos negro sobre lo blanco y éramos jóvenes, produjo un eco simpático. Pero el eco se fué extinguiendo en ondas cada vez más espaciales; y el *Duque Job*, muerto en los comienzos del año de 1895, todavía no tiene estatua.

¡Qué poeta, por lo demás, tiene estatua en la capital de la República! Yo no sé de ninguno. ¡Estamos enojados con la gloria! Hay muchas pobres almas que nos hicieron la santa, la lírica limosna de sus versos y que aguardan aún el homenaje durable de un busto.

Mejicano fué el inmenso Juan Ruiz de Alarcón, y ni siquiera por orgullo nacional nos hemos reunido los que por allá escribimos —que somos legión— á fin de consagrarle un recuerdo.

Mejicana fué la *décima Musa* (por Dios,

lectores de Francia, no vayáis á creer que la de Jorge Ohnet) y si hay una calle que lleva su nombre, mejor se debe al Gobierno que á los poetas, á quienes, sin embargo, de un modo más comprensivo ha tocado aquilatar el aristocrático ingenio de la admirable Sor Juana Inés.

A Guillermo Prieto, el *Romancero*, que supo, sin desfigurarla, hacer palpitar en sus versos simples y robustos la vida del pueblo, un Ayuntamiento le regaló una casa y sus admiradores una corona de plata, ¡como la de sus cabellos! Fué, además, honrado y querido, de suerte que en vida le pagamos nuestra deuda.

Pero á Gutiérrez Nájera se lo debíamos todo, ya que él se nos entregó por completo hasta morir en la empresa que se había impuesto de poner una sonrisa casta, elegante y discreta en la trivialidad de nuestra vida, indecisa aún y atareada, de pueblo joven. Se lo debíamos todo: la riqueza, que no pudimos darle, á él que era un aristócrata intelectual, lleno de comprensiones delicadas; la gloria á que tenía derecho y para la cual, nuestra patria, poco conocida aún, no era suficiente pedestal; el acatamiento, que no supo otorgarle nuestra indiferencia por la valía de su obra, indiferencia vestida de cortesía amable é insustancial.

Por esto, el común espíritu de justicia se ha sentido halagado al saber que va á erigirse por fin un monumento á Gutiérrez Nájera. En esta vez la idea ha venido del Norte de la República, de una provincia culta y rica, de Chihuahua, y en forma de carta á Jesús E. Valenzuela, el director de la *Revista Moderna*.

He aquí la carta:

«Sacramento, Agosto 21 de 1906.

SR. D. JESÚS E. VALENZUELA.—México.

Querido amigo nuestro:

Los labriegos que firman esta carta, han

pensado, que se debe erigir un monumento al *Duque Job* y han pensado también, que sea la *Revista Moderna*, naturalmente, la que acoja y lance la idea, y, por último, sugeriríamos que fuese levantado en la Alamada, ó mejor, en la Plaza de Guardiola. Caso de que usted reciba con entusiasmo este monumento, le hemos de estimar impulse el proyecto y lo lleve á feliz término. La *Revista* podría encargarse á Ruelas de que consiga que alguno de los artistas mexicanos que estudian en París, haga el monumento.—Sus amigos,

Jesús E. Luján.—Julio Luján.—R. Guerrero.—José A. Ortiz.—Abraham Luján.—Luis Sotomayor.»

Habrá, quizás, quien al leer esta carta, á la cual la *Revista Moderna* ha dado amplia acogida y liberal publicidad, habrá, quizás —y esto no sorprendería mi escepticismo,— quien se pregunte, quién fué Gutiérrez Nájera, como hay ya quien se pregunta quién fué Martí ó Julián del Casal.

Y es que estos hombres murieron á tiempo, especialmente el *Duque*. Murieron cuando su época, cuando sus países ingenuos hasta entonces, se transformaban: el primero, México, para lanzarse resueltamente á la conquista del porvenir; el segundo, Cuba, para llegar, merced á varios dolorosos avatares, á no sé qué definitivos destinos.

La época aún cercana, tanto que podría llamarse *ayer*, en que vivió, trabajó y floreció el *Duque*, era propicia á la ensoñación, á la poesía, á las suaves y luminosas contemplaciones. Todavía aún se escuchaban los apóstrofes angustiosos de Acuña, preñados de energía filosófica y de duda lírica; aún vibraban los versos apasionados de Manuel M. Flores, que se recostaba con las amadas á la sombra del Cantar de los Cantares, y resonaban en el

cielo claro en que se desvanecían los últimos himnos de las guerras civiles, las estrofas metálicas de Díaz Mirón, paladín y poeta, de ojos ardientes y melena alborotada, vuelto más tarde un modalizador, un técnico, un poeta lleno de pericias.

De entonces acá, ¡cuánta mudanza! Había muchos que leyeran versos; no nos daba aún por ser hombres tan serios (para el infantil orgullo nuestro, de ahora, el arte es menos serio que una mala traducción de Gustavo Le Bon).

Hoy nadie abre un libro de poesía, ni ama nadie á los poetas. Quedan unos cuantos abencerrajes del Ensueño, unas cuantas mujeres pálidas ó sonrosadas que os exigen una cuarteta en una postal. Los demás prefieren el automóvil.

En verdad, Fabio, los tiempos no son para esas saudades melancólicas que eran como un baño de luna para las almas.

Los poetas, virtualmente han muerto... (yo creo que para transformarse). El *Duque Job* partió á tiempo. . . .

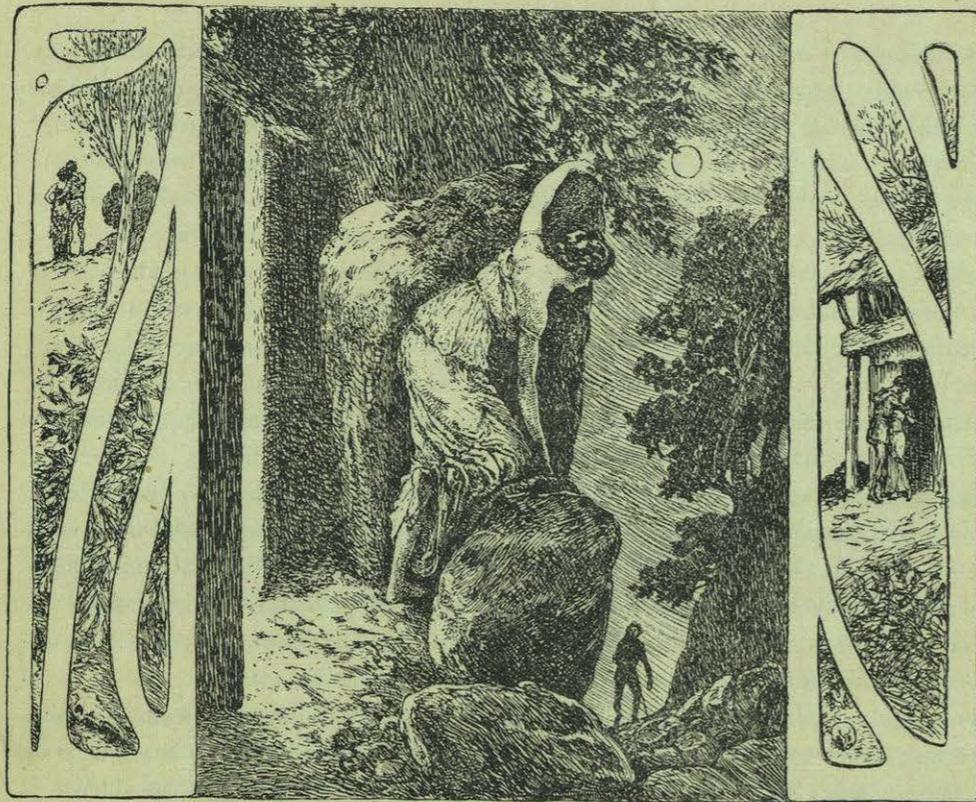
¡Cómo loar, por tanto, de una manera digna á ese grupo de labriegos que piensan en erigirle una estatua!

Tenia, pues, él razón, más razón que su tiempo, cuando dijo:

¡No moriré del todo, amiga mía!

¡Porque dignificó la poesía, porque la llevó por todas partes bien limpia, bien peinada, bien oliente; porque le puso una flor, fresca siempre, en el ojal; porque creyó que el poeta no debía cantar como los pájaros del bosque, sino sabiamente, cultamente; porque estudió y pensó, y halló que el estilo podía ser una piedra preciosa; porque siendo sabio y refinado, supo también ser diáfano, ingenuo, bueno; por todo esto, Gutiérrez Nájera merece la primera estatua —quizá la última— que en México habrá de levantarse á un poeta.

(«El Liberal,» de Madrid).



CANTO DE AMORES Y DE BESOS.....

Para D. Jesús E. Valenzuela.

Me abruma la tristeza de las cosas que miro,
Y con mi fardo á costas sigo rutas piadosas,
Mientras vibran mis penas en un largo suspiro
Más triste que la inmensa tristeza de las cosas!

Voy solo. ¡No me importa! Al doblar la montaña
Daré con la divina Princesa de mis sueños;
Sé que sale á buscarme de su pobre cabaña
Y me esperan sus labios dulcemente risueños!

Es muy pobre mi Amada. Mas sabrá su riqueza
Cuando bese sus labios y sus manos liliales.
Es potente la savia que guarda su belleza
Y ha de dármela toda en mis horas nupciales!

La quiero más que á esas cloróticas doncellas
De las grandes ciudades, porque es sincera y pura;
Porque el Sol es su amigo y quiere á las estrellas
Aurorales y es rica de vida y hermosura!

La quiero porque es buena, con bondad infinita,
Y ha de curarme todas mis ansias y mis penas,
Con la gloria del beso que en sus labios palpita
Y el fulgor de sus grandes pupilas nazarenas!

Saldremos de mañana. Vagaremos perdidos
En la gloria del campo, y nuestras almas, locas
Del gozo de su amor, en giros atrevidos
Juntarán nuestros ojos y unirán nuestras bocas!

Correremos descalzos por la verde floresta;
Y al pasar la ribera del riachelo travieso,
Hoyando el agua clara que alegre va de fiesta,
Le diré ansiosamente: ¡Amada, dame un beso!

Y en un sonoro beso se unirán nuestros labios;
Mojará el agua clara nuestras recias rodillas,
Y riéndonos del gozo que nos den sus cosquillas,
Sabremos de la vida mucho más que los Sabios!

Iremos al cercado florecido y verdense
Donde estén los rebaños paciendo mansamente,
Y una vaca repleta, de un aspecto piadoso,
Nos dará la ventura de su savia potente!

Cantaremos el himno de la tarde, ¡oh Amada!
Me darás la caricia de tus besos traviosos;
Y enhebrando los ritmos de esa música alada,
Formaré un dulce canto: El canto de los besos!

Ya después en la noche, desatada la bruna
Y abundosa cascada que simula tu pelo,

Oiremos quietamente y al amor de la luna
Los sencillos relatos que musite el abuelo!

¡Oh bella Presentida! Te busco en mi camino
Con anhelo infinito. ¿Dónde está tu cabaña?
De la vida tediosa soy pobre peregrino. . . .
¡Subiré las veredas de tu agreste montaña!

Voy con mi fardo á cuestas. Mas no temas, ¡oh Amada!
Alcanzaré el refugio de tus brazos pulidos;
Abrevaré en el cáliz de tu boca rosada;
Sentiré la caricia de tus ojos rendidos;

Y unidas nuestras almas en divina armonía,
Tendrán nuestros amores perenne primavera.
En tus ojos oscuros vibrará mi alegría. . . .
Y ocultará mis penas tu negra cabellera!

ÁLVARO GAMBOA RICALDE.



RESURRECCION

Al atardecer se encontraron, de improviso, frente al mar. Ninguno de los dos había olvidado la lejana y juvenil comunión de sus almas. Se detuvieron turbados, palideciendo al estrecharse las manos.

Él, inclinándose galantemente, murmuró:
—Jamás creí volver á veros en estas remotas playas.

Y Carmina, con la voz débil, desfalleciente, mirándole fijamente con sus grandes ojos negros, empezó á narrar una larga historia de miserias: la muerte de la madre, y ella víctima de una penosa enfermedad del pecho. Los médicos la habían enviado á aquellas playas para restablecerse.

Y prosiguió sencillamente su camino, sin una palabra, sin una mirada donde aún palpitase la antigua conmoción.

Angel Silva se quedó pensativo, impresionado de pronto, violentamente, por el recuerdo de aquel amor lejano que surgió florido y bello como una primavera, para morir después en el cansancio de la ausencia, dejándole sólo una vaga nostalgia melancólica. Él, en sus luchas diarias con la Naturaleza, permaneció siempre ardiente y entusiasta. Carmina, en cambio, había salido de sus combates con el dolor, con el alma y el

cuerpo enfermos, dominada por dos deseos vivisimos y contradictorios, igualmente fuertes. Poder vivir, librarse de la muerte, pero vivir sola con sus recuerdos, abandonada de todos, sin anhelar una caricia ó un beso, dedicada á la contemplación de cosas lejanas y dispersas. Hacia del dolor la única aspiración de su vida. Sólo de vez en cuando un hálito de deseo la agitaba, mostrándole todo el mal y la monotonía de aquella existencia sin ideales, presentando á su vista, turbia y fatigada, los espléndidos panoramas del amor, al cual debía aspirar como á una liberación suprema. Mas estos deseos duraban bien poco, volviendo á caer de nuevo en el silencio más grave y triste. ¿Quién podría darle la esperanza y la vida?

Angel Silva comprendió la infinita amargura de aquella pobre juventud que él amó en otros tiempos y que aun hoy deseaba hacer suya. ¿Mas cómo hacerse entender? ¿Cómo atraerla de nuevo á la vida y al amor? ¿Tendría el valor y las fuerzas necesarias para arrancarla de la obscuridad y mostrarle nuevamente á la belleza de las cosas?

Ella permanecía indiferente. Nada le impresionaba, ni la poesía del mar y de los altos montes nevados, en cuyas faldas flore-

cian los naranjos. Al contrario, le había dicho, toda convulsa, que aquel espectáculo le cansaba. Y no era mezquindad del ánimo, no; su espíritu estuvo abierto á la contemplación de todas las cosas grandes y nobles. ¿Por qué, ahora, esta desilusión?

Y así, las dos almas sufrían silenciosamente, recelosas y cansadas, y sin embargo, anhelantes de vida.

La Primavera surgía en una exuberancia de flores, de luces y de estremecimientos vitales. Ellos, con el oído atento, parecían esperar la divina palabra renovadora.

—

—Mire, Carmina, cómo hoy está azul el mar y cómo el sol resplandece sereno.

Y el joven, sonriendo, le indicó la glauca é infinita superficie de las aguas.

—No os parece —prósiguó, agitando un ramo de oliva— que hay una perfecta armonía entre todas las cosas exteriores, el sentimiento místico de esta fiesta, y lo que sienten ó debieran sentir nuestros corazones?

Carmina pareció asentir con la cabeza, y continuó al lado de él, mirándole febrilmente.

Fué breve el silencio.

—Usted —exclamó Angel— está ya bien. La Primavera la ha curado.

—Sí. Todo este verde, todo este azul y tanta luz y tantas flores, me han restablecido, según dice mi tia, que es, como usted sabe, un poco sentimental.

—Se olvidó del mar. . . . ¿No le parece hoy más bello que nunca?

La joven enrojeció, murmurando á *sotto voce*:

—Sí!

El mar es la poesía más bella. . . . ¿Lo entendéis?

—Hoy sí. . . . Acaso porque la fiesta de las palmas siempre me conmovió profundamente.

Angel se quedó pálido; esperaba otra respuesta, y mirándola obstinadamente, se atrevió á susurrar:

—Sólo por esto?

Carmina no pudo sostener la mirada, y

bajó la cabeza. Y silenciosos, oyendo sólo el latir de sus corazones, emprendieron el camino hacia el pueblo.

La muchedumbre se agolpaba al acantilado, en cuyo fondo hervía el mar entre las rocas y los pequeños islotes. Sobre las cabezas ondeaban palmas y ramos de oliva. Las campanas repicaban á lo lejos. Todos los rostros reflejaban en su palidez una ansiedad suprema.

Angel Silva se aproximó á un grupo de viejos tripulantes de *parejas*.

—¡Oh, Juan! —le dijo á uno, — ¿qué pasa?

El pescador, antes de responder, miró de alto á bajo á Carmina, á aquella forastera demasiado bien vestida para mezclarse entre la gente del pueblo y comprender sus dolores.

—Las parejas del *Rayo* y de Luis se han perdido esta mañana entre las nieblas y nada se sabe de ellas.

—¡Pobres gentes! —exclamó Carmina.— ¿Hay peligro?

—Siempre es peligroso dar contra un escollo!

La joven quedó mortificada ante lo rudo de aquella expresión.

Bien podiais —añadió Angel— tratar con más respeto á esta señora!

El viejo, sorprendido por la violencia de aquellas palabras, miró á la joven con malicia, y quitándose la barretina, murmuró:

—Usted perdona, señora!

Y se perdió entre los suyos, fumando su larga pipa de barro.

Parte de la muchedumbre se aproximó á la iglesia. El sacro acto comenzaba. Desde el interior, la voz grave de los cantores entonaba:

—*Gloria laus et honor tibi sit. Rex Christe Redemptor.*

El coro repetía con fuerza:

—*Gloria laus et honor tibi sit. . . .*

Todo aquello parecía esperar al gran Redentor de almas y de conciencias.

¡Ah! poder probar esta redención, sentirse amada por alguien en medio de aquella fiesta de música y bondad de la Naturaleza!

Ella miró desesperadamente á Angel Sil-

va, y pareció leerle en el rostro el mismo deseo.

Las manos se oprimieron nerviosamente. Carmina tuvo que hacer un esfuerzo inaudito para no arrojarle en sus brazos y gritarle:

—¿Me has comprendido?

El coro calló. Los cantores de la iglesia continuaron dulcemente:

—*Hi placere tibi, placeat devotio nostra, Rex bone, Rex clemens cui bona cuncta placet.*

La voz del órgano preludió una marcha triunfal. Las puertas se abrieron y los fieles comenzaron á entrar en la iglesia, salmodiando:

—*Cum ramis palmerum Hosanna clamabant in excelsis*

De pronto un grito poderoso resonó en la ribera:

—¡Las parejas! ¡Las parejas!

Pocas personas penetraron en el templo. Las más volvieron á la playa, agitando las palmas, llamando á grandes voces á los que regresaban. Las parejas avanzaban majes-

tuosas, desplegadas las velas á las suaves brisas de la mañana. Un monaguillo escapado de la iglesia, balanceaba encaramado á una roca, el turíbulo, derramando blancas nubes de incienso, que iban á perderse en el azul profundo.

Carmina oprimía aún entre las suyas las manos de Angel.

—¡Carmina, Carmina! —exclamó éste, hundiendo casi el rostro en la olorosa cabellera amada.— Si un día penetrases de mi brazo en esta iglesia, y yo te preguntara si me amarás, ¿qué dirías?

Ella le retiró las manos, y mirándole fijamente, le gritó con toda el alma:

—¡Qué sí!

Sus corazones palpitaron por fin de amor, junto á aquella muchedumbre ruda, entre las palmas de triunfo y las olivas de paz levantadas en alto, delante del mar infinito y bello, donde las naves avanzaban con las velas desplegadas, como símbolos santos de esperanza y redención.

CLEMENCIA ISAURA.

Madrid.

